

En Memoriam de Domingo Arenas: Reflexiones sobre un Revolucionario Indígena.



Autor: Doctor en historia Gerardo Ríos



- Gerardo Ríos nació el 28 de julio de 1977 en San Diego, California.
- Es hijo de un padre migrante de Huehuetlán el Chico, Puebla, y madre México-americana.
- Se graduó de la universidad estatal de San Diego con honores y primera distinción en ciencias sociales e historia y obtuvo maestría en pedagogía de la historia de la misma universidad.
- Fue maestro de secundaria y preparatoria impartiendo cursos de historia y geografía mundial.
- Recibió el grado de doctor en historia de la Universidad de California, San Diego (UCSD) bajo la tutela del distinguido profesor de historia, el doctor Eric Van Young.
- Gerardo Ríos es profesor del Colegio del Sudoeste en Chula Vista, California, en la facultad de historia y prepara un libro sobre la dictadura local y rebeliones en Tlaxcala, México.
- Ríos es experto en artes marciales, ganando campeonatos internacionales y mundiales en la disciplina del Jiu-jitsu.

Gerardo Ríos, doctor en historia, Colegio del Suroeste (Southwestern College), Chula Vista, California.

En Memoriam de Domingo Arenas: Reflexiones sobre un Revolucionario Indígena

Si a cualquier mexicano se le preguntase hoy quienes son los héroes de la Revolución Mexicana, responderían con los célebres Emiliano Zapata, Pancho Villa, Felipe Ángeles, y Álvaro Obregón. Esto se debe a que la memoria histórica del México moderno fue usurpada por los arquitectos políticos e intelectuales del estado posrevolucionario a la culminación de los conflictos bélicos, particularmente al finalizar la Guerra Cristera en 1929 cuando la nación mexicana entro en un largo periodo de *pax política* dominada por un solo partido. Fue entonces cuando el gobierno posrevolucionario uso la imagen agrarista icónica de Zapata y el autonomismo regional del norte representado por Villa para proyectar la legitimidad de la protesta popular y a la vez para ostentar que al estado le interesó la lucha de los ciudadanos campesinos durante y después de la Revolución Mexicana.

A consecuencia, con la popularización del agrarismo promovido por el estado, (quienes para 1930, y ya especialmente durante la presidencia de Lázaro Cárdenas lograron conceptualizar al campesino des-indigenizado como un ciudadano privilegiado del régimen), protagonistas revolucionarios agraristas e indígenas de considerable importancia como el líder tlaxcalteca Domingo Arenas desaparecieron de la memoria nacional histórica.¹ Fuera de Tlaxcala y su

¹ El revisar la omisión y distorsión histórica nos permite rescatar al protagonista histórico marginado por la creación de una narrativa hegemónica. La desindianización de la historia de México ha sido relevante desde el periodo de la Reforma a mediados del siglo XIX, y llego a su auge con el establecimiento de una identidad nacional mestiza promulgada por José Vasconcelos al culminar la Revolución Mexicana en 1920. Véase, Enrique Florescano en *Historia de las historias de la nación mexicana* (México: Taurus, 2002), 335-355; vale revisar a Florescano, *Etnia, Estado y Nación* (México: Taurus, 2000), 405-409. La historia de abajo, o la otra historia, como la conceptualizo mi asesor académico, Eric Van Young, es sumergida ante la narrativa dominante del estado y la elite nacional. Vease a Van Young, *The Other Rebellion: Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821* (Stanford, Ca.: Stanford University Press, 2002) 13-16. Van Young describe a la Guerra de Independencia

frontera con Puebla y en partes de Veracruz, se sabe muy poco del general Domingo Arenas, y se conoce aún menos de lo que este personaje ambicionó al entrar a la revolución nacional en 1911. Sin embargo, fuentes provenientes de archivos y una diminuta pero rica historiografía del Estado de Tlaxcala durante el periodo moderno, revelan parcialmente la importancia de Domingo Arenas quien ascendió al rango de General de División en las filas zapatistas y carrancistas. Ya que este ensayo no es un estudio lineal de Domingo Arenas y de su trayectoria revolucionaria, y menos un estudio comprehensivo de la Revolución Mexicana en Tlaxcala y los Volcanes de Puebla, le introduciré al lector con una breve historia del gran conflicto nacional.

La Revolución Mexicana surgió en respuesta a la enorme desigualdad social y económica creada por el mandato dictatorial de Porfirio Díaz, primordialmente de 1884 a 1910, ya que Díaz había sido presidente de 1876 a 1880. Inspirado por el desarrollo industrial y social occidental, y queriendo imitar el liberalismo político europeo, el régimen de Porfirio Díaz introdujo flujos masivos de inversión extranjera a México. Con el tiempo, dada su proximidad a y larga intervención en México, Estados Unidos de América se volvió el país de mayor interposición económica y el que más se benefició de la penetración económica extranjera y del imperialismo neocolonial en México. Bajo su política progresista liberal, el presidente Díaz, muchos han postulado, logro pacificar y modernizar el país. Sin embargo, el progreso llego a través del autoritarismo y la explotación del campesinado, en especial, los indígenas perdieron la mayoría de sus tierras en el tardío porfiriato. Don Porfirio, tal como lo había hecho Benito Juárez, promovió la des-indianización para pavimentar los proyectos modernistas de su círculo de científicos, quienes fueron positivistas buscando el mejoramiento social a través de la aplicación

como un conflicto de liberación nacional, pero al nivel del pueblo, o sea de la patria chica, los pueblerinos pelearon por retener su identidad y autonomía local.

de la ciencia. Ya para 1900, y con la extensión nacional ferroviaria casi completa, pueblos enteros habían desaparecido. El acaparamiento de tierras, aguas, y bosques fue alarmante en el sur del país, especialmente en Morelos, el sur de Puebla, los Volcanes de Puebla, y el Estado de Tlaxcala. El régimen porfiriano logro por fin en 1900 sofocar la guerra de las castas en Yucatán, el cual fue un conflicto cruento desde 1847. El régimen también había pacificado (palabra cual muchas veces era un eufemismo para el exterminio) la resistencia bélica Yaqui en Sonora, y sofoco la rebelión de Tomochic en Chihuahua. En el sur de Puebla, Morelos, Oaxaca y en Tlaxcala, las haciendas habían devorado pueblos previamente autónomos, y en el norte del país empresas estadounidenses dominaban las economías locales. Hubo mucha agitación entre los trabajadores; los disturbios de los mineros en Cananea, Sonora en 1906, y los tumultos de Río Blanco, Veracruz, resultaron en la supresión de los trabajadores unidos en 1907. El porfirismo se mostró altamente intolerante al unionismo de trabajadores y más aún al socialismo. El régimen porfirista declaro el triunfo del progreso cuando muchos de los Yaquis que resistieron el acaparamiento de tierras en su propio valle murieron esclavizados en el Valle Nacional tabaquero de Oaxaca y en los plantíos henequeneros en Yucatán.

En 1909, Prometiendo libertad de expresión, transparencia política, democracia, sufragio libre y tierras para los campesinos e indios, Francisco I. Madero logro crear una fuerte oposición contra el porfirismo. En el atardecer de 1910, de forma fugaz, se levantaron los ejércitos de los pobres comandados por Francisco Villa y Pascual Orozco en el norte, y por Emiliano Zapata en el centro-sur mexicano. Más aun, los artesanos y disidentes políticos, muchos de la clase media, formaron un frente revolucionario que creo una viable resistencia urbana ante el porfirismo. Entre los disidentes urbanos se encontraban idealistas de todo tipo como los socialistas y anarcosindicalistas de las urbes, clubes antreeleccionistas y universidades. Para mayo de 1911

los rebeldes habían desmantelado la oligarquía porfirista, pero Madero cometió el error de confiar en el ejército mexicano, el cual como una institución fue formada por la mano dura de Díaz, licenció a tropas zapatistas en el otoño de 1911, y fue ejecutado con su vicepresidente José María Pino Suárez en febrero de 1913 por Victoriano Huerta, Félix Díaz y otros ultraderechistas. La muerte de Madero causó resonancias considerables, iniciando una encarnizada guerra civil, la cual provocó en 1914 que el presidente estadounidense Woodrow Wilson desconociera al régimen huertista y ordenara a sus marinos a invadir Veracruz y otros puertos mexicanos en el territorio del golfo, dando hincapié a que se movilizaran una vez más las diversas facciones rebeldes en contra de Huerta. Estos acontecimientos precipitaron el derrocamiento de la dictadura huertista en julio de 1914. Los zapatistas y villistas, o sea, los levantamientos de las masas sojuzgadas, pasaron de nuevo a ser protagonistas y héroes nacionales; sin embargo, con la fallida Convención de Aguascalientes en noviembre de 1914 brotó de nuevo el conflicto entre las facciones, iniciando la guerra de los ganadores. Los convencionistas de Villa y Zapata y los constitucionalistas de Venustiano Carranza seguirían en una encarnizada guerra civil hasta abril de 1920 cuando generales sonorenses liderados por Obregón, muchos de los que habían sido fieles constitucionalistas, aplastaron el régimen carrancista. Después los obregonistas fueron negociando pactados de paz con diversos grupos rebeldes como los zapatistas, villistas, arenistas en Tlaxcala y Puebla, y los rebeldes autonomistas de las Huastecas potosinas y veracruzanas, Oaxaca, y Chiapas.

Este ensayo mostrará que las acciones de Domingo Arenas, quien de forma transcendental peleó con su División Arenas y Ejército del Oriente al servicio del interés local pero también de las múltiples facciones luchando por el poder nacional, fueron motivadas no por un impulso revanchista, sino por una ideología política híbrida formada de un praxis marxista y por

problemas de tenencia de la tierra en los pueblos indígenas del Oriente mexicano.² El arenismo, como se le nombro al grupo de Arenas, fue una movilización multiétnica y multipolítica. Decidí producir este ensayo a los cien años de la muerte del general Arenas como un tributo académico.³ Se han escrito pocos, pero notables trabajos sobre Domingo Arenas dentro y fuera de Tlaxcala; sin embargo, este ensayo resaltara su formación ideológica y de su proyecto político y social, de su movimiento revolucionario.⁴

Se sabe poco de las particularidades de su vida y aún menos de la radicalización política de Domingo Arenas, pero su politización, la cual lo empujo a una postura de rebeldía contra el porfirismo, se agudizó después de trabajar en la fábrica poblana “La Covadonga”, la cual se convirtió en un caldo de cultivo revolucionario en 1910.⁵ Arenas entro a la rebelión nacional acaudillada por Francisco I. Madero en noviembre de 1911. Fue acompañado al servicio de Madero por sus hermanos menores Demetrio y Cirilo, y todos fueron comandados directamente por el caudillo local de San Marcos, Contla, Tlaxcala, Felipe Villegas. Sin poseer entrenamiento militar, Villegas comando a legiones de guerrilleros tlaxcaltecas y poblanos surgiendo al rango

² Me he tomado la libertad de capitalizar la “Revolución” para diferenciar la gran rebelión mexicana de 1910 a 1920 de otros conflictos que han formado la nación. Al hacer esto, planteo a la Revolución como un fenómeno histórico perteneciente al pueblo mexicano, a sus ciudadanos, o sea, a la gente común que hace la historia.

³ Mi formación académica se llevó a cabo primordialmente en la Universidad de California en San Diego. La academia norteamericana, particularmente la posmoderna y posestructuralista, no acostumbra elogiar al “hombre grande” de la historia. Por consecuencia, defiendiendo y justifico mi postura alegando que este ensayo celebra a un individuo que representó a la gente oprimida de una región relativamente marginalizada del México moderno, específicamente lo que corresponde a las comunidades de las serranías tlaxcaltecas y poblanas.

⁴ Crisanto Cuellar Abaroa, *Domingo Arenas: caudillo agrarista* (Tlaxcala: Difusión Cultural del Estado, 1961); Raymond Buve, “Neither Carranza nor Zapata! The Rise and Fall of a Peasant Movement that tried to Challenge Both, Tlaxcala, 1910-1919” in *Riot, Rebellion, and Revolution: Rural Social Conflict in Mexico*, Ed. Friedrich Katz, (New Jersey, Princeton University Press, 1988), 347. Un libro que presto atención al General Arenas y al Arenismo como un proyecto político, aunque de forma muy breve, en la academia anglosajona es Timothy J. Henderson, *The Worm in the Wheat: Rosalie Evans and Agrarian Struggle in the Puebla-Tlaxcala Valley of Mexico, 1906-1927* (Durham: Duke University Press, 1998), 57-64.

⁵ Valentín López González, *Los Compañeros de Zapata* (México: Ediciones del Estado Libre y Soberano de Morelos, 1980), 30. Otro buen ensayo que empezó a plantear el arenismo como un movimiento es el de Raymond Buve, “Del rifle al burócrata: un estudio comparativo sobre las pautas de movilización campesina en dos estados céntricos de México: Morelos y Tlaxcala (1880-1940),” in *El Movimiento Revolucionario en Tlaxcala*, 421-429.

de general de división maderista en manera similar a la del ficcional general Demetrio Macías, protagonista de la novela *Los de Abajo* por Mariano Azuela, comprobando que durante la Revolución un caudillo local se elevaba en los rangos oficiales militares a base de la valentía exhibida, ambición, y a sangre y fuego.

Villegas inicio su rebelión al lado del revolucionario local de San Bernardino Contla, Juan Cuamatzi quien intentó derrocar a él régimen local tlaxcalteca porfirista de Próspero Cahuantzi en mayo 26 de 1910 en las sierras volcánicas de La Malintzin. Al morir fusilado Cuamatzi, quien había combatido a las fuerzas rurales locales y al ejercito de Aureliano Blanquet desde las faldas de La Malintzi, Villegas heredó el mando de las filas militares tlaxcaltecas. Los rebeldes de Villegas saquearon haciendas y se dedicaron a destruir vías ferroviarias. Después del asesinato de Madero en febrero de 1913, los tlaxcaltecas de Villegas se unieron a combatir al gobierno usurpador de Victoriano Huerta en 1913 y 1914 empleando la guerra de guerrillas en los altos de Tlaxcala y Puebla. El ejército de Villegas se unió al Movimiento Revolucionario de Tlaxcala (MRT) comandado por Máximo Rojas, Pedro M. Morales y Porfirio del Castillo, y estos líderes permanecieron maderistas y se aliaron al constitucionalismo de Venustiano Carranza desde antes de la fallida Convención de Aguascalientes en noviembre de 1914.⁶

Emeterio Arenas y Felipe Villegas perdieron la vida en una de las campañas finales contra el huertismo el 27 de julio de 1914, lo que hizo a Domingo Arenas el líder de la revolución en Tlaxcala. Es muy probable que para los aldeanos tlaxcaltecas el hecho de que Domingo y Cirilo Arenas sirvieron a Villegas en las guerrillas contra los regímenes de Díaz y de Huerta los doto de una legitimidad revolucionaria cual raíz se extendía a los orígenes de la revuelta agraria en el

⁶ Archivo particular del General Felipe Villegas (FV), Archivo Histórico de la Defensa Nacional (AHDN), D/112/14-1466, f. 2.

México central. Domingo Arenas, fue entonces, acreedor de una genealogía revolucionaria emanada y concatenada con el alto liderazgo de los sectores agrarios indígenas tlaxcaltecas. Los pueblos circundantes del volcán La Malintzi fueron sitios de intensa protesta campesina durante el tardío Porfiriato y la Revolución Mexicana, y entre estos pueblos se formó un nuevo núcleo de poder multi-político y multiétnico compuesto por jóvenes revolucionarios como Domingo Arenas.⁷ Sin embargo, para los cadres del núcleo urbano maderista y constitucionalista del MRT el grupo de Arenas, el cual gradualmente adopto la identidad propia de arenistas, era demasiado radical y autonomista, y por esto debía ser aplacado por las tendencias más conservadoras del movimiento. Porfirio del Castillo, en particular, describió el zapatismo, con el cual se asociaba el arenismo en Tlaxcala y Puebla, como un movimiento plagado de una rapaz impulsividad criminal e insubordinación. En ocasiones Porfirio del Castillo llamo a Domingo Arenas “el Zapata” de los volcanes de Puebla y Tlaxcala debido a su apasionado agrarismo redentor. Más aun, se debe considerar si el coronel constitucionalista le atribuye a Arenas y a los arenistas la misma acusación de bandidaje compulsivo que le atribuyó a Zapata y sus zapatistas.⁸ Los cadres maderistas y constitucionalistas del MRT admitieron en un tiempo al zapatismo en su zona según por necesidad, ya que lo que unió a el zapatismo y al MRT fue el deseo de derrocar el porfirismo y huertismo. Pero desde la llegada de los surianos de Morelos y Puebla, del Castillo y sus constitucionalistas observaban nerviosamente el avance de los zapatistas en las serranías tlaxcaltecas. Del Castillo lamento el hecho de que para el verano de 1914 el zapatismo comenzaba a controlar zonas enteras del centro sur de Tlaxcala, y que el avance zapatista era seguido por el aumento del bandidaje en las zonas de los altos de Tlaxcala.⁹ Sin embargo, es

⁷ Entrevista con don Elpidio Morales, cronista de Santa Inés Zacatelco, Tlaxcala, 26 de agosto de 2014.

⁸ Porfirio del Castillo, *Puebla y Tlaxcala en los días de la revolución* (México D.F.: 1953), 130.

⁹ Crisanto Cuéllar Abaroa, *La Revolución en el estado de Tlaxcala, Volumen I* (México D.F.: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México), 181-173.

necesario remarcar que, en el invierno de 1914, cuando Arenas se sumó a las filas de Emiliano Zapata, fue el más ferviente propagador del zapatismo en su zona de operaciones. Domingo Arenas y sus seguidores se mostraron fieles adeptos del Plan de Ayala a través de las amplias redistribuciones de tierras que llevaban a cabo en sus zonas de operación.

Esto se debe también a que, emanando del pueblo indígena tlaxcalteca, Arenas fue poseedor de una compleja identidad, única se puede alegar, ya que esta formación identitaria se conflujo de sus experiencias como un joven indígena nacido en Santa Inés Zacatelco durante el auge porfiriano en 1888 y de su trabajo en fábricas textiles localizadas en la frontera de Puebla y Tlaxcala donde laboró al lado de socialistas, anarcosindicalistas, y otros opositores de Díaz. Ya como revolucionario Arenas aspiró a; “elevar al indio de la miserable situación de esclavo de hacienda, a la categoría de ciudadano y de pequeño propietario”, y fue este el mayor motivo que impulso su causa revolucionaria. En su papel de revolucionario e idealista, ya para 1914 Domingo Arenas peleaba fundamentalmente para repartir tierras entre la gente indígena-campesina: el joven líder creó una praxis revolucionaria enfocada en dismantelar las grandes propiedades agrícolas para dotar al campesino del altiplano mexicano con tierra e impartir un nuevo o renovado sentido de individualismo.¹⁰

Aunque las tendencias agraristas radicales de Arenas fueron conocidas ampliamente en su zona de operación en el Oriente Central mexicano, el líder tlaxcalteca tardó un buen tiempo para unirse a Emiliano Zapata. Sin embargo, en noviembre de 1914, tras la debacle política de la Convención de Aguascalientes, el general Arenas y sus fuerzas juraron lealtad al Plan de Ayala abandonando el constitucionalismo. Ni Zapata ni Arenas eran líderes perfectos, pero el celoso

¹⁰ Domingo Arenas a Porfirio del Castillo, carta publicada en el diario *El Demócrata* bajo el título, “Se trata de impulsar los trabajos para la restitución de tierras en pro de la raza indígena,” 20 de marzo de 1917, p. 3.

amor a la tierra y la necesidad de redistribuir terrenos a los campesinos unió a los jóvenes agraristas. Las zonas zapatistas morelenses eran regiones controladas antes del estallido revolucionario por las grandes haciendas azucareras como la Hacienda Hospital. Ya para 1912, el zapatismo se había extendido ampliamente por todo Morelos, Puebla, Hidalgo, y había influido el desarrollo de la revuelta armada en Tlaxcala.¹¹ Sin embargo, la zona de Arenas en Tlaxcala y la Sierra Norte de Puebla eran compuestas de una geografía humana creada por indígenas serranos, muchos de los que eran hablantes primordialmente del Náhuatl.

El agrarismo de Arenas, entonces, a diferencia aun del mismo Zapata, lo convirtió en vida en un campeón del pueblo indígena. Su nombre era notorio en las lenguas y oraciones de los desposeídos en lo grueso de las serranías poblanas y tlaxcaltecas. Legiones de indígenas en las serranías de Puebla y Tlaxcala engrosaron las filas arenistas. Su sueño era recuperar o proteger sus tierras, montes, y aguas. Corridos populares elogiaban al general Arenas como el libertador del pobre, pero ese agrarismo a la vez lo empujó hacia a un feroz autonomismo, y un regionalismo que lo puso en conflicto con poderosos líderes nacionales como Zapata, Venustiano Carranza, y Álvaro Obregón.¹²

Domingo Arenas abogó por la redención de los indígenas y vio a la Revolución Mexicana como un proyecto social, político, y económico indispensable para llevar a cabo esta meta. En su trayectoria revolucionaria fue maderista, zapatista, constitucionalista, y en su zona un líder independista por querer lograr la repartición de tierras perdidas durante el auge porfirista cuando las grandes haciendas y la extensión ferroviaria nacional habían devorado a pueblos enteros.

Arenas escribió en 1917, meses antes de su muerte a fin de agosto, que el proceso de

¹¹ Adolfo Gilly, *La Revolución Interrumpida* (México, D.F.: Ediciones “El Caballito”, 1971), 67-68.

¹² Miguel León Portilla, “Arenas y Zapata: Algunos antecedentes y transcripción de testimonios,” *Cultura Náhuatl. Monografías 20*, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 13-16.

modernización en México había reducido al indígena a un estado de servidumbre y pésima pobreza.¹³

Históricamente esto es muy considerable. Guillermo Bonfil Batalla noto que las necesidades de la gente indígena, el “México profundo”, no han sido tomadas en consideración por los estadistas de los partidos hegemónicos. Más aun, el paradigma modernizador mexicano ha puesto sus ojos no en la cultura indígena, sino en la cultura hispana y occidental en general como fuente de inspiración. Este pensamiento, esta ideología de la elite-política ha propuesto que los indígenas y su modo de vida son el reflejo del atraso social.¹⁴

Esta perspectiva no ha considerado a miembros de las culturas autóctonas mexicanas como gente capaz de pertenecer al mundo moderno. Domingo Arenas, por su parte, propuso que la gente indígena y la comunidad indígena no representaba ni el paragón del conservadurismo, ni menos la antítesis de la modernidad. Todo lo contrario, Arenas anhelaba la llegada completa de la modernidad para beneficiar al pueblo indígena de México. En este sentido, su ideología era similar a la de Benito Juárez. El joven líder tlaxcalteca deseaba que la gente indígena pudiese adoptar una sensibilidad más moderna tal y como el individualismo y la idea de la propiedad privada. Ese era, según Arenas, el deber incumplido del liberalismo moderno. Es necesario, entonces, entrar a la mente de Domingo Arenas para apreciar a fondo la complejidad de su pensamiento político. Para Arenas la recuperación de tierras era el paso inicial para lograr la emancipación del campesinado indígena mexicano. Por eso Arenas llegó a expresarle a Emiliano Zapata que la gente tlaxcalteca reconocía al Plan de Ayala como la sublime ley de la Convención de Aguascalientes y reconoció la autoridad del convencionismo que abanderó el general Zapata

¹³ Domingo Arenas a Porfirio del Castillo, “Se trata de impulsar los trabajos para restitución de tierra en pro de la raza indígena,” carta reimpressa en *El Demócrata*, 20 March 1917, p. 3.

¹⁴ Guillermo Bonfil Batalla, *México Profundo: una Civilización Negada* (Mexico City: CIESAS, SEP, 1987), 11-14.

tras la ruptura con el carrancismo. Arenas le comunicó a Zapata que los tlaxcaltecas y los zapatistas eran hijos de la misma patria, e igualmente inspirados por la bandera suriana del Plan de Ayala. Arenas, entonces, fue durante todo el periodo de la Revolución Mexicana un ferviente agrarista.¹⁵

Aun cuando la elite mexicana le atribuyó a Domingo Arenas el calificativo de “bandido”, el líder arenista ordenaba u orquestaba los saqueos de haciendas y tiendas para redistribuir la riqueza entre los pobres.¹⁶ Es por lo que Arenas y sus arenistas practicaban una forma de bandidaje consiente, un bandidaje político; eran, en pocas palabras, los Robin Hood de su época. Si Arenas y sus seguidores fueron heroicos redentores de los explotados, se puede interpretar su historia como una romántica proeza, una herculina lucha de la gente de abajo, de los explotados y desposeídos, contra la elite dominante. Pero, aun así, se debe poner en seria tela de juicio el uso de bandidaje o bandidos como nomenclatura adecuada para describir al Arenismo.

Noticias sobre el bandidaje arenista fueron escritas por una prensa deseosa de vilificar a todo rebelde. La prensa al servicio del estado deseaba demonizar las acciones de los legítimos rebeldes y revolucionarios. El cargo de bandidaje fue una estrategia de la elite al poder para despolitizar las acciones de miembros de bandos revolucionarios deseosos de redistribuir tierra, poder, y justicia al campesinado mexicano. Como lo señaló el historiador Raymond Buve, Arenas y otros revolucionarios agraristas actuaban no como bandidos sino como caudillos agraristas. Arenas fue un destacado protagonista en la lucha por el poder entre el constitucionalismo de Carranza y el convencionismo de Zapata. Aun cuando en 1916 Domingo

¹⁵ Domingo Arenas a Emiliano Zapata, Santa Rita Tlahuapan, 11 March 1916, reimpresso en *El Hombre Libre*, 11 August 1916, p. 3.

¹⁶ Corresponsal de guerra, P. Rueda, telegrama especial para *el Demócrata*, “Los bandoleros de D. Arenas fueron batidos al tratar de asaltar un tren.” 17 de septiembre de 1915, p. 1.

Arenas incursionó de nuevo en las filas del carrancismo, los terratenientes de Puebla y Tlaxcala le reclamaron al gobierno de Carranza el retorno de tierras que según ellos Arenas les había arrebatado de forma ilegítima.¹⁷

Cuando opero al servicio de Zapata, Arenas fue demeritado por la prensa como un pillo, reaccionario, y miembro de una plaga social llamada el zapatismo. Como zapatista, la prensa describió al “manco Arenas” como un peligroso miembro de “bandoleros” que amenazó con querer destruir el Ferrocarril Interoceánico custodiado “por las sombras de la noche.”¹⁸ Sin embargo, tan pronto Domingo Arenas se sumó al carrancismo en diciembre de 1916 la prensa nacional lo halagó como a un legítimo paladín del orden, paz y progreso. Al tornarse un carrancista, el orden constitucionalista comenzó a proyectar al líder tlaxcalteca como la antítesis del radical zapatismo que según la prensa plagaba la zona de los volcanes en el Oriente Central. Para el presidente Carranza el haber añadido a los arenistas a sus filas militares muy probablemente le dio mayor legitimidad en los ojos del campesinado indígena de Tlaxcala y el norte de Puebla, y Arenas también se tornó en un agente viable para diseminar el agrarismo carrancista estipulado en la Ley Agraria del 6 de enero de 1915.¹⁹

De acuerdo a un artículo publicado en *El Demócrata*, el diario oficial constitucionalista, en 1917 los arenistas estaban a punto de restaurar la paz por completo en los volcanes de Morelos, Puebla y Tlaxcala. El diario declaró: “Los indígenas han recibido especial protección y el problema agrario está casi resuelto en esas regiones.” En su entrevista con la prensa nacional, el general Brigadier Alberto L. Paniagua de la División Oriente, quien era el segundo en mando de los

¹⁷ Raymond Buve, “Peasant movements, caudillos, and Landreform during the Revolution (1910-1917) in Tlaxcala, México” *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* Numero 18 (junio 1975): 143-145.

¹⁸ El Corresponsal, José Reyes Casian, “Contaban los zapatistas en apoderarse por sorpresa de la capital del estado de Puebla” en *El Demócrata*, 31 de mayo de 1916, p. 1.

¹⁹ Corresponsal, “Cerca de Texmelucan fueron derrotados los surianos” *El Demócrata*, 23 de marzo de 1917, p. 3.

arenistas, declaró: “Todos los campos, sin excepción, están cultivados. Trabajan perfectamente las fábricas de hilados y tejidos de Atlixco, y se tiene tal confianza, que otras fábricas, nuevas, han sido abiertas en San Martín Texmelucan. Por lo que toca al comercio, está ahora en auge.”²⁰ Domingo Arenas, por su parte, fue celebrado por la prensa nacional como el campeón del pobre. Repartía tierras, formando colonias agrícolas, bajo la Comisión Nacional Agraria, en pleno cumplimiento de la ley agraria constitucional, siempre en “busca del mejoramiento de la clase indígena.”²¹

Si a Emiliano Zapata se le debe rendir homenaje como redentor del campesinado, uno mayoritariamente mestizo, o mestizo-indígena, hay que reconocer a Domingo Arenas como el campeón de los indígenas campesinos de los altos de Puebla y Tlaxcala, y como un revolucionario indígena poseedor de una visión sociopolítica transformativa. En una carta enviada al coronel Porfirio del Castillo en marzo de 1917, Arenas declara un serio deseo de mejorar la vida de los indígenas mexicanos. Arenas le informo a del Castillo que seguía en pie del principio revolucionario, una tarea sublime, por querer redimir a la raza indígena a la cual los dos líderes pertenecían. Arenas llamo a todos los rebeldes indígenas idealistas y defensores del explotado pueblo. Arenas le comunicó al coronel constitucionalista que las fuerzas indígenas, tanto las constitucionalistas y las recientemente añadidas bajo su mando, “unen sus esfuerzos, por tratarse nada menos que del amor a la tierra, o, en otros términos, para cimentar las bases de un México nuevo.”²² Con lo antedicho, podemos apreciar el ferviente agrarismo de Arenas aun al servicio del constitucionalismo. Esto señala más que nada, que Arenas no aprendió sus principios

²⁰ “Han cooperado a la pacificación de Puebla y Tlaxcala las tropas del General Domingo Arenas” *El Demócrata*, 21 de marzo de 1917, p. 3.

²¹ “Han cooperado a la pacificación”.

²² Domingo Arenas a Porfirio del Castillo, reimpresso en *El Demócrata* titulado, “Se trata de impulsar los trabajos para restitución de tierras en pro de la raza indígena.” 20 de marzo de 1917, p. 3.

del zapatismo. En efecto, este amor a la tierra lo empujó inicialmente al zapatismo y fue por eso que juro lealtad por el Plan de Ayala. Sin embargo, cuando Arenas dejó el zapatismo permaneció fiel al Plan de Ayala. Para Domingo Arenas el zapatismo y el Plan de Ayala no eran sinónimos; el Plan de Ayala contenía la esencia de todo ser indígena y campesino mexicano. Para Arenas, el Plan de Ayala era un proyecto nacional más grande que Emiliano Zapata. Al desasociarse de Zapata, Arenas comunicó que necesitaba actuar inmediatamente para redimir a la clase desposeída a través de la redistribución de terrenos. El Plan de Ayala permanecía su inspiración. Arenas fue adepto de los conceptos de tierra, libertad, justicia y ley, pero no exclusivamente de Zapata y menos de los subalternos del líder suriano, a los que muchas veces calificó como viles criminales. Muchos sabían que Domingo Arenas odiaba a Eufemio Zapata, al cual llamó un explotador y verdugo del pueblo.

De acuerdo a Arenas, el arenismo, entonces, enmendaría la tarea incumplida del zapatismo ya que algunos que abanderaron la lucha zapatista se dedicaban al pillaje y extorsión de los mismos campesinos que habían jurado proteger y apoderar. Aun al servicio del militar y gobierno de Carranza, el terrateniente opresivo era el gran enemigo de los arenistas. Domingo Arenas le comunicó a Porfirio del Castillo que se mantenía en pie de lucha, y que se sumó al carrancismo no por lealtad al poder carrancista sino “por el mejoramiento de las clases desheredadas.”²³ Lo que más le consternaba a Arenas era “el porvenir de la raza indígena y el engrandecimiento de nuestra patria.” Aun sirviendo a Carranza, Arenas expresó un discurso radicalmente progresista al declarar que la Revolución Mexicana lograría: “Moderar al terrateniente, aniquilar al negrero acaparador de los brazos del campesino, al monopolizador de todas las riquezas naturales, elevar al indio de la miserable situación de esclavo de hacienda, a la categoría de ciudadano y de

²³ Ibid.

pequeño propietario, despertar esa clase, haciéndola consentir que es dueña de la tierra que pisa, provocar en su alma la sed de instrucción y, en una palabra, formar una nación de hombres libres, ennoblecidos por el trabajo remunerador...”²⁴ Arenas se mostró un soñador, un líder quizás milenarista, creador de una utopía, de un pueblo de gente liberal, pero a la vez Arenas fue un cabecilla rebelde ultranacionalista deseoso de transformar por completo la sociedad mexicana para que, “MEXICO PERTENEZCA A LOS MEXICANOS” [su énfasis].²⁵ En pocas palabras, Arenas creyó que había llegado el momento de dotar a los indígenas del país con ciudadanía, o sea, incluir a los indígenas al cuerpo político nacional. Fue por este motivo que en la zona de operación del arenismo entre los volcanes de Puebla y Tlaxcala la División Arenas ayudó a aldeanos locales a crear escuelas para derrotar la ignorancia y erradicar el yugo del terrateniente. Otro pendiente de Arenas era que se les reconociese a los rebeldes indígenas como no solo como los protagonistas del gran conflicto sino como sus creadores. Arenas vio a los indígenas como una gente con un deseo de transformar al país. Arenas alegó que los indígenas poseían sus propios objetivos y no eran la carne de cañón y sacos de papa de la elite.

La fuente más importante en este estudio es una carta que Domingo Arenas le escribió a Emiliano Zapata el 15 de septiembre de 1916. En dicha carta Arenas describe al convencionismo no solo como una fuerza militar sino como un movimiento nacional. Arenas le informo a Zapata que los tlaxcaltecas habían contribuido bastante a lo que él veía como el inevitable triunfo de la Convención, ya que tlaxcaltecas bajo su mando ejercían control militar sobre una zona del Oriente Central desde las Huastecas veracruzanas hasta las serranías volcánicas de Puebla, Tlaxcala, y la zona volcánica de Morelos. Los arenistas habían construido una base importante

²⁴ Ibid.

²⁵ Ibid.

en Tetela del Volcán.²⁶ El arenismo, lo que había comenzado como una guerrilla en las sierras alteñas de Tlaxcala se había transformado en un movimiento que absorbió las aspiraciones de campesinos indígenas en una amplia zona del altiplano mexicano. Sin embargo, para Arenas el mundo entero debería reconocer los principios de la revolución agraria mexicana.²⁷

Más aun, Domingo Arenas le comunico a Zapata que la Revolución Mexicana era una guerra de “grandes intereses mundiales, pues en todos los países hay clases sufrientes, oprimidos por los malos gobiernos, atropellados por los capitalistas que explotan el trabajo del proletariado.”²⁸

Arenas expreso una conciencia politizada en un axis marxista-socialista al declarar que los enemigos de la revolución eran los miembros de la clase capitalista, la clase explotadora del proletariado global. El líder tlaxcalteca declaró que los arenistas profesaban “la religión [sic] del Ideal”, y Arenas agregó que los revolucionarios alcanzarían un nuevo objetivo mundial; el “mejoramiento de las clases sufrientes y desheredadas.”²⁹ Por esa razón Arenas, le comunico a Zapata, se había entregado a la tarea de redimir al campesino al dotar a “esa clase” de gente con las tierras que habían perdido en el transcurso del desarrollo capitalista a una escala tanto nacional como global.³⁰

En su carta a Zapata, Domingo Arenas también toma en cuenta que, “desde 1821 época en que se consumó aparentemente nuestra Independencia Nacional, nuestra vida política ha girado en dos polos: el desorden y la tiranía, en otros términos, al final de cada una de las revoluciones que hemos tenido, salta al poder un hombre que con la fuerza brutal llega a imponer el orden pero

²⁶ Domingo Arenas a Emiliano Zapata, Chiautzingo, Puebla, 15 de septiembre de 1916, Archivo Gildardo Magaña (AGM), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), f. 11.

²⁷ Ibid., f. 12.

²⁸ Arenas a Zapata, f. 13.

²⁹ Ibid, 13.

³⁰ Ibid, 13.

también es cierto que mata todas las libertades y corta en flor todas las iniciativas.”³¹ Sin embargo, ya para 1916, Arenas era un visionario social que confiaba que su revolución y la de Emiliano Zapata “despejará la vieja incógnita de nuestra existencia política.”³² En otras palabras, el triunfo de la revolución agraria rompería todos los esquemas políticos que el México oprimido conocía; rompería con la paradigma donde el orden y progreso caminaban de la mano con la tiránica opresión política, la desigualdad, y la ausencia de libertad y vida política para la mayoría.

Dentro de Tlaxcala y Puebla es bien conocido el fatal final de Domingo Arenas. Ya para diciembre de 1916 Arenas y su ejército habían optado por desconocer a el zapatismo. Es importante enfatizar que Arenas y sus fuerzas permanecieron fieles al Plan de Ayala, o sea al agrarismo redentor del Plan, mas no a Zapata. La trágica muerte de Arenas el 30 de agosto de 1917 fue rodeada de intriga y de ambigüedades. La versión zapatista alega que Arenas se sometería de nuevo al zapatismo después de desconocer al carrancismo, mientras la versión arenista sostiene que Arenas llevo a la hacienda de Huexocucapan localizada en las afueras de Atlixco, Puebla, a reunirse con los cabecillas zapatistas creyendo que se rendirían y se sumarian al carrancismo. Pero, según el general constitucionalista Fortunato Maycotte, quien había sido tomado prisionero por zapatistas en mayo de 1917, Domingo Arenas y los “bandidos” zapatistas planearon en ese mes un asalto definitivo en contra del ejército federal. Y en abril, Emiliano Zapata había dado orden de que sus fuerzas no hostilizasen a las de Arenas.³³

³¹ Ibid, 13.

³² Ibid, 13.

³³ José Hernández a Fortunato Maycotte, Tochimilco, Puebla, 15 y 18 de mayo de 1917, Archivo Zapata (AZ), Archivo General de la Nación (AGN), Caja, 13, Exp., 14, f. 9; Emiliano Zapata a Domingo Arenas, Tlaltizapán, Morelos, 16 de abril de 1917, AZ, AGN, Caja, 13, Exp., 10, f. 12; Sin embargo, de acuerdo con la prensa nacional Arenas fue presa de la criminalidad del zapatismo. Según el diario *El Demócrata*, Arenas cayo en una vil emboscada y los zapatistas finalizaron su sanguinario acto al decapitar al líder tlaxcalteca. “Acto de Salvajismo de los Bandidos Zapatistas,” *El Demócrata*, 14 de enero de 1917, p.3.

Los interrogatorios persistirán. Pero debemos analizar a fondo la ideología de Domingo Arenas y debemos definir el arenismo dentro del marco del México revolucionario como un movimiento único, ya que su líder Domingo Arenas, al combinar el marxismo con un tradicional pero radical agrarismo local, también fue un líder excepcional mexicano. Arenas creyó que los indígenas mexicanos poseían la inteligencia, capacidad, y talento necesario para permanecer gente indígena, pero con una sensibilidad moderna al estilo europeo. Para Arenas el indígena era un actor capaz de generar cambio positivo, y la transformación nacional. Según Arenas los indígenas deberían permanecer indígenas, pero también debían adoptar ideologías revolucionarias como el marxismo y socialismo. México, Arenas declaró, poseía un corazón indio, pero debía modernizarse y adaptarse al mundo del progreso. Es por eso que Arenas, y sus pensamientos, deben ser rescatados del olvido histórico.